

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
Extranjero . . . 1'50

Por el buen camino

Desde hace algún tiempo, y más señaladamente desde las últimas elecciones para diputados provinciales, venimos observando un resurgimiento en el proletariado, a la vez que un acentuado desvío—abandono mejor dicho—de los rebaños que yacían bajo el poder de los pastores políticos.

Hemos de hacer la afirmación—guste o no guste—de que nos satisfacen las derrotas políticas de los llamados partidos populares, porque éstos solo pueden triunfar a costa de las organizaciones obreras, que quedan en cuadro para dar fuerza a los organismos políticos, rehaciéndose cuando convencidos los trabajadores de las inmundicias de los malos pastores vuelven a ellas con una montaña de desengaños, pero firmemente decididos a laborar con sus compañeros de explotación, a los que un día abandonaron sugestionados por los vividores de la política, que con sus cantos de sirena les prometieron la revolución en plazo breve.

Y nos satisfacen las derrotas de los partidos republicanos, porque su fuerza la adquirieron a costa de difamar y calumniar a los anarquistas y porque aun no son poder y ya amenazan con que cuando lo sean serán inexorables con los que manifiesten su descontento saliéndose de la legalidad.

Varias veces, desde estas columnas, hemos recordado el potente movimiento que hace 12 años existía en España y principalmente en Cataluña y Andalucía, que debido a la unión y solidaridad triunfaba en cuantas ocasiones la intransigencia patronal hacía precisa la lucha, que muchas veces era innecesaria.

Aquel estado de opinión obrera tenía intranquilas a las autoridades y burguesía, hasta que apareció, buscado u ofrecido, su Mesías salvador fingiéndose revolucionario que para mejor engañar al pueblo pedía un acta de diputado, para en el Parlamento, cual otro Sansón, derribar las columnas del templo aplastando a todos los filisteos.

Hasta tal punto es esto cierto, que en un banquete celebrado hace seis años en el restaurant Ambos Mundos, de esta capital, el jefe del partido republicano radical, aludiendo a la odiosidad que contra él manifestaba la burguesía, recordaba *los grandes servicios que había prestado a la burguesía catalana*.

En efecto. *El Diluvio* del mes de septiembre de 1907, decía:

«Barcelona es el emporio del anarquismo español y el refugio de anarquistas expatriados de otros países. Después de Londres no existe otra ciudad que albergue número tan considerable de anarquistas. Hay más de los que cree la misma policía. Donde el burgués más rancio cree ver un defensor del orden, de la tradición y de los derechos individuales, se oculta un empedernido anarquista, enemigo de todos los derechos, de todos los deberes y de todas las clases.

¿Qué hacían los anarquistas militantes de Barcelona? Todos lo sabemos. Durante unos diez años, los libertarios de aquí han dado más que hacer que los del mundo entero. Conferencias, mítines, periódicos, sociedades de resistencia, huelgas, algaradas. Ahí está la huelga general de todos los oficios, precursora de la huelga general que piensan llevar a cabo en todo el mundo como medio de llegar a la Revolución Social, cuyo primer ensayo se llevó a cabo en Barcelona con éxito esplendente. Por entonces los anarquistas dominaban la ciudad. Erañ ellos los dueños legítimos. Los gobernadores se volvían fracasados a Madrid cada seis meses indefectiblemente. Los anarquistas se quedaban aquí para meter en cintura al nuevo Sancho que de la villa y corte no facturaban. Por entonces las huelgas triunfaban, los mítines no se prohibían, las conferencias se autorizaban, todo era esplendor para los amantes de los idealismos ácratas.

Pero vino Lerroux, y, como el César, vino, vió y venció. Desarrolló un vasto plan de táctica; les dijo a los ácratas que era tan anarquista como ellos, pero que para llegar al fin deseado de la total y completa emancipación del hombre, debíamos pasar antes por el puente de la república; que era partidario de la Revolución Social, pero que antes era indispensable hacer la Revolución política; que al efecto debía empezarse por hacer elecciones revolucionarias,

con lo cual se iban templando los hombres en esta clase de luchas.

No faltaron trabajadores cándidos que le creyeron.

Y, realmente, las elecciones fueron revolucionarias; los estáticos de todos los partidos fueron vencidos; los elementos progresivos entonaron himnos de triunfo a los medios de acción. Ya no ha habido más huelgas generales; las huelgas parciales que se han hecho las han perdido los obreros; los gobernadores ya rebasan los límites de los seis meses. Posiblemente Lerroux utilizará mañana esos elementos y realizará la prometida revolución política; pero es lo cierto que por ahora ha librado a las clases burguesas del *ogro* del anarquismo. Es un servicio que los avaros burgueses no le tienen en cuenta, por la sencilla razón de que no ven más allá de sus cuentas del tanto por ciento de interés.

¿Lo verán ahora? Pues si lo ven deben agradecerse y no tirarle a rajatabla como lo vienen haciendo desde que triunfó.

Y como demostración de que el partido republicano no tuvo otro objeto que matar los anhelos de reivindicación del proletariado, recordaremos la excursión de Blasco Ibáñez, Soriano, Junoy y Lerroux, excursión realizada por Cataluña y Andalucía, en cuyas regiones se hallaba en toda su pujanza la rebeldía obrera.

La sugestión de que fueron objeto los obreros en aquella época, la han pagado bien cara. Mientras triunfaban en las elecciones los candidatos republicanos, eran derrotados los obreros en todas las huelgas. Mientras se inauguraban nuevos Centros políticos, las autoridades, con la complicidad del silencio, cuando no con el beneplácito de los diputados republicanos, clausuraban los Centros obreros. Los atropellos de las autoridades eran premiados con grandes cruces y ascensos por el Gobierno. Parecía que todos los elementos se habían conjurado para aniquilar las energías revolucionarias de los obreros que, en posesión del ideal anarquista, ni se habían rendido ni habían claudicado. Casi podemos decir que fueron los únicos que resistieron la avalancha sin amilanarse. Gracias a ellos no perdimos las esperanzas de un próximo resurgimiento. Sólo esperábamos que los trabajadores se dieran cuenta del engaño de que habían sido víctimas. Y esto ya ha ocurrido.

El obrero campesino de Andalucía ha convocado para el 17 del corriente un Congreso en Córdoba, al que asistirán delegados de todas las regiones de España y tal vez de Portugal, y es seguro que en él se adoptarán acuerdos de tendencia revolucionaria, proclamando la acción directa como medio de lucha y la acción antipolítica.

Varias veces nos hemos ocupado de la importancia que para un movimiento revolucionario en sentido económico ha de tener la cooperación del esclavo de la tierra.

En Cataluña coinciden los fracasos de los partidos populares con los triunfos que obtienen los obreros.

Albañiles, zapateros, aserradores, cilindros y aprestadores han obtenido recientes victorias. Se está reorganizando la Confederación Nacional del Trabajo y reaparecerá pronto el valiente periódico sindicalista *Solidaridad Obrera*. Se publica sin interrupción numerosa prensa sindicalista y anarquista. Los Centros obreros recobran la animación y entusiasmo que tenían antes del *timo político*, y renace la confianza entre los trabajadores que durante tanto tiempo vivieron recelosos.

Claro está que a los políticos que les engañaron les importa ya poco la desbandada. Unos convertidos en banqueros y acechando otros el momento de dar el asalto al presupuesto de la monarquía, han conseguido sus deseos, que no eran otros que revolucionar su posición; pero nuevos vividores se disponían a continuar su obra, cuando el proletariado les abandonó.

Otra vez los trabajadores vuelven al buen camino y no dudamos que aportarán nuevas energías, que unidas a las de los que impertérritos aguantamos el pasado temporal, serán de gran provecho a la causa de la revolución social.

El triunfo de los partidos llamados populares ha sido a costa de las derrotas obreras. Poco puede importarnos su de-

rrota, pues siendo burgueses no tenían de populares más que la masa de votantes.

Como anarquistas no vemos la diferencia entre unos y otros partidos. Son los triunfos obreros los que nos entusiasman, porque nos conducen a la lucha final por la completa emancipación.

La Monarquía

Aquí tenéis por qué la historia de la monarquía se pierde en la niebla de los primeros siglos. Junto al revelador o después del revelador aparece generalmente el jefe de la dinastía, si ya no es que el mismo enviado de Dios ciñe a la vez su corona de rey y su aureola de elegido. En la primera época histórica del hombre los héroes figuran como reyes o deudos de los reyes; en la fabulosa no hay nación que no cuente sus monarcas.

¿Qué puede alegarse ya que legitime ni favorezca más la institución? dirán algunos; mas ¿es cierto? ¿no prueba acaso este mismo hecho en contra de la pretendida excelencia de la monarquía? La humanidad en su infancia es necesariamente simplista, así en la concepción como en la realización de sus ideas. No las aprecia ni en sus mutuas relaciones ni en sus accidentes, no las sigue en su desarrollo lógico, no las ve sino en conjunto; y tales como las comprende, las simboliza y les da forma. Hoy la idea de poder *¡cuar!* compleja no es para nosotros! Descansan sobre ella sistemas complicadísimos, que serían indudablemente un laberinto para los primeros hombres. Ellos, sin embargo, consideraban puramente el poder como una voluntad superior a la de todos para sostener el orden. ¿Habían soñado en preguntarse: ¿Qué es el orden? ¿qué la libertad? ¿Hacia dónde puede sacrificarse la una al otro? ¿Será divisible el poder? ¿Tendrá sus límites? Sentían la necesidad del poder, y le concentraban en un hombre; no llegaban a más ni sus aspiraciones ni su ciencia.

¿Qué es pues en sí la monarquía, sino la primera manifestación de una idea, la manifestación menos científica y más pobre? Ha pasado al través de las revoluciones y los tiempos; pero ¿sabéis cómo? Acomodándose sin cesar a las sucesivas exigencias de los pueblos, siguiendo las evoluciones del principio de su vida, modificándose, limitándose, aniquilándose, hasta llegar a ser lo que es, un nombre. ¿Qué es ya hoy la reina de Inglaterra? ¿qué se pretende que sea al de España? Sus respectivos súbditos se inclinan ante su corona; ellas tienen que inclinarse ante la soberana majestad del pueblo. Están a sueldo del Estado; no tienen ya las llaves de las arcas del tesoro. Sus actos como reinas necesitan, para ser válidos, del refrendo de un secretario del despacho; el simple cambio de un individuo de su servidumbre, el pláceme del consejo de ministros. No pueden legislar sin el parlamento, declarar la paz ni la guerra, imponer un tributo, cobrar las contribuciones ordinarias, dadas otra aplicación que la consignada en la ley del presupuesto. Nombran sus secretarios, pero dentro del círculo de las mayorías parlamentarias, dentro de lo que exige una práctica constitucional, que casi pesa ya como una ley sobre su frente. Aprueban o desaprueban los acuerdos de las Cortes, mas no pueden anularlos, no pueden hacer más que suspenderlos, y consultar por medio de nuevas elecciones de representantes la voluntad de la nación entera. ¿La nación está porque se sancionen? La reina no tiene más que sancionarlos.

Prescindiendo de los abusos a que se presta este sistema de gobierno; ¿qué presentan ya de común las monarquías de hoy a las de hace treinta siglos? La voluntad de las monarquías era entonces ley, hoy la voluntad de los pueblos es la ley de los monarcas. La acción del rey era entonces directa, hoy tiene que bajar de grado en grado la escala de las jerarquías administrativas. Entonces era el rey centro de todos los poderes del Estado, capitán, legislador, juez y hasta verdugo; hoy no es más que la cabeza del poder ejecutivo. Entonces constituía, por fin, la base de la pirámide social; hoy constituye, no la base ya, sino la cúspide.

Conviene, sin embargo, que el lector no se deslumbe. La monarquía ha llegado hasta aquí, forzoso es decirlo, a pesar suyo. Está escrito con sangre en el cadalso de Luis XVI de Francia y en el de Carlos I de Inglaterra. La monarquía, como toda sustitución, tiene siempre al absolutismo de su origen, es decir, al absolutismo de su idea. Poned hoy en el trono al mejor rey, al hombre de más rectas intenciones y de más generosos sentimientos: si halla medio para desprenderse de un sistema que tanto le sujeta, y no se asusta ante las consecuencias de sus actos, rasgará el pacto constitucional y se declarará absoluto. Alegará, y tal vez de buena fe, que sólo así puede hacer la felicidad de sus vasallos. Pretextará la necesidad de poner fin a las luchas que surgen natu-

ralmente de nuestras contradicciones político-sociales.

Leed, si no, la historia. No está aun tan lejos el siglo en que decía Luis XIV: El Estado soy yo.

Muchos de sus antepasados, es, con todo, probable que no se hubiesen atrevido a tanto. Carlos I en España acaba con las comunidades, y reduce a la nulidad el poder legislativo de las Cortes, después de siglos que unas y otras tenían limitada la voluntad de los reyes. Fernando de Aragón, ya mucho antes que Don Carlos da la última lanzada a la antigua democracia de sus pueblos, reduciendo al absurdo sistema de la insaculación el del nombramiento del gobierno municipal por la elección directa. No creo necesario mentar a Isabel II ni a su padre.

¿Por qué, empero, ha de prevalecer siempre la monarquía sobre la democracia? ¿Por qué ha de haber recogido la herencia de todas las repúblicas? Examinad bien todas las repúblicas del mundo: todas representan el mismo principio de las monarquías; todas trabajan por concentrar el poder y darle fuerza. En Esparta hay las éforos, en Atenas los arcontes, en Roma los cónsules, en la Francia del 92 la Convención, en la del 48 un presidente, en todas uno o más individuos que disponen de ejércitos y de la facultad de erigirse en dictadores cada vez que la salud de la patria parece reclamarse. Representantes todos de un mismo principio, manifestación de una misma idea que tiende por su misma naturaleza a limitarse y a agotarse, ¿qué tiene de extraño ese vaivén de la república a la monarquía y de la monarquía a la república? Este vaivén es hijo de las oscilaciones naturales a que nos arrastra la contradicción que su mismo principio ha de llevar consigo; este vaivén es lógico. Triunfa siempre la monarquía; mas ¿quién ignora ya la causa? De todos los re-

presentantes del poder la monarquía es la que más puede restablecer la paz en los Estados.

F. PI Y MARGALL

(De *La Reacción y la Revolución*).

AVISO INTERESANTE

El Congreso Sindicalista Internacional

CONVOCADO PARA MAYO EN LONDRES

ha sido aplazado hasta el 27 de septiembre y 2 de octubre de 1913, y se celebrará en Londres, en Holborn Hall

La convocatoria ha causado tan grandioso efecto en la gran Patria del Trabajo, en el Proletariado Universal y Militante, que todos los trabajadores del mundo preparan su representación para celebrar la renovación del Pacto de La Internacional; pero considerando prematura la fecha de mayo, se ha retrasado cuatro meses su celebración.

Trabajadores, compañeros: Cuando la burguesía se ha cerrado el paso al progreso con la paz armada o con la guerra devastadora y sangrienta, a nosotros está reservada la salvadora, la gloriosa misión de abrir vía libre.

Trabajadores españoles, en Londres se nos invita fraternalmente a constituir la gran fuerza que ha de destruir el privilegio y ha de establecer en el mundo la libertad y la igualdad.

La huelga general política en Bélgica

Los trabajadores belgas, después de algunas vacilaciones, irán resueltamente a la huelga general política, el día 14 del corriente.

Están decididos: un hombre, un voto. Ni un céntimo menos; pero ¡ay! ni un céntimo más.

Asalariados antes de la huelga, asalariados continuarán, con voto o sin él, después de la huelga.

Explotados eran, explotados serán pierdan o ganen.

Mejor dicho: será peor; porque además de explotados, quedarán contentos y engañados si ganan, y escépticos y más oprimidos si pierden.

Antes de haber decidido la huelga para obtener el voto, podían los trabajadores belgas sentir la necesidad de emanciparse del salario, después, no; porque, olvidando que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud, subordinan su emancipación económica a un movimiento político. ¿Quizá han olvidado también que existió la Internacional, que sentó principios y táctica en oposición a lo que practican!

Si ganan, los obreros belgas votarán; pero votando, como sin votar, los propietarios capitalistas seguirán usurpando los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles, y les despojarán, por derecho de acesión, del fruto de su trabajo, o serán despedidos quedando sin jornal, cada vez que una nueva máquina venga a hacer innecesario cierto número de trabajadores.

Esos obreros votistas están ajustados al siguiente patrón que halló en un periódico socialista, *El Obrero Balear*: «No todos los obreros son socialistas, sino sólo aquellos que comprenden que deben contribuir con su voto a favorecer a quien, al aprobarse las leyes, defiende los legítimos intereses de su clase.»

Con lo cual los malos pastores socialistas, velando la verdad, han desviado a los trabajadores belgas hasta el punto de lanzarlos a los peligros de la huelga general para la conquista del sufragio universal, haciéndolos creer que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra, no de los trabajadores mismos, sino de sus representantes.

¿No hay obreros belgas en España que observen y comuniquen a sus conciudadanos y compañeros lo que sucede aquí, donde todo candidato miente y todo bicho viviente tiene voto, y a pesar de él la gente se muere de miseria y de ignorancia, y de donde emigran cada año más de cien mil individuos, mientras los elegidos por el sufragio universal atienden a su beneficio par-

ticular al amparo de la política, dejando a los electores en la estacada?

¿Cuán desviados se hallan actualmente los obreros belgas, comparando su táctica presente con la de hace cerca de medio siglo!

He aquí un hermoso documento que lo demuestra: el Consejo general belga de La Internacional dirigió al primer Congreso obrero de Barcelona de 1870 un saludo en que se leen los siguientes párrafos:

«Penetrados de la idea de que no puede obtenerse reforma social alguna verdadera sino dando satisfacción a los intereses del trabajo, hemos debido romper con todos los metafísicos de la política y con sus sermones sentimentales; hemos renunciado a toda esperanza de mejoramiento proveniente de un cambio de gobierno, y hemos tomado por línea de conducta la abstención en materia política. Consideramos todos los gobiernos igualmente despreciables; de modo que pedir a los obreros que se pronuncien por tal o cual forma de gobierno, es preguntarnos por cual de los gobiernos preferir ser asesinados.»

«Hubo un tiempo en que todas las aspiraciones del pueblo se resumían en la palabra *República*. Al grito de ¡viva la república! los revolucionarios de las pasadas épocas derribaron tronos y altares, arrojando peligros, desafiando a la muerte y haciendo todo género de sacrificios. (Sombras de los héroes que del 92 al 66 cubristeis con vuestros cadáveres los campos de batalla de Europa; que en las guerras civiles de España preferisteis la muerte al despotismo; que en las reivindicaciones de Italia «habéis consumido en los infectos calabozos austríacos; que en las jornadas de 1830 y de 1848 luchasteis gloriosamente en las barricadas; todos los que en los tres cuartos de siglo pelearon, sufrieron y murieron por la república, levantaos, y ved a qué ha quedado reducido vuestro ideal; ved el espectáculo que ofrece la gran república de los Estados Unidos que nos ofrecen como modelo! No tienen rey ni emperador, pero tienen las grandes compañías, los reyes del oro, del hierro y del algodón.»

Sirvan esas consideraciones y ese recuerdo, ya que no para evitar un desastre y un triste desengaño a los ofuscados trabajadores belgas, de preservativo a los trabajadores españoles contra la insana influencia republicano-socialista que quiere sumirlos indefinidamente en la vil condición de asalariados y votantes, impidiéndoles que alcancen su emancipación y su correspondiente participación en la riqueza social.

ANSELMO LORENZO

La educación sexual de los niños

Es preciso que los trabajadores se preocupen de este problema, pensando que sus hijos serán los hombres de mañana. Si quieren que gocen de los placeres sanos e intensos de una vida natural y que sean aptos para la lucha, eduquenlos racionalmente,

mostrándoles la verdad que les apartará de los vicios donde se embrutece y aniquila la mayoría.

A la burguesía le interesa mantenernos en la ignorancia donde se anulan las fuerzas vitales y los gérmenes de la rebeldía, pero nosotros, las víctimas de la injusticia reinante, debemos tener interés en estudiar